

Estas cortas narraciones son cuadros descriptivos de verdadero mérito. Son positivamente amenos. Pero, para mí, su principal valer no está en los asuntos a que se contraen sino en la forma de expresarlos cuajada de refinamientos y matices. En ella parecen irradiar gemas preciosas. Las imágenes, parecen deslumbramientos. En este escritor hondureño hay que admirar por encima de todo al estilista.

FEDERICO GARCÍA GODOY

(La Vega, Rep. Dominicana).

LIRA (Carmen): *Los Cuentos de mi tía Panchita, (Cuentos populares recogidos en Costa Rica)*.—García Monge y Cía. Editores. San José, C. R., 1920.—1 vol. in 16^o de 118x75. 159 ps. + una de índice.

HE sido favorecido por el Editor con un ejemplar de este precioso librito, una de las más apreciables contribuciones al folklore hispanoamericano publicadas hasta ahora en el importante capítulo de los cuentos populares.

Carmen Lira (¿tal vez un seudónimo?) que ha escrito estos cuentos tomándolos, según todo lo demuestra, de la tradición oral, ha adoptado en sus transcripciones el lenguaje popular, con lo cual suministra un documento de gran valor al filólogo que quiera estudiar la pintoresca evolución que en el transcurso de los años ha experimentado el castellano en una de las diez y ocho repúblicas del continente americano nacidas en las regiones en que los españoles implantaron su idioma.

La colección consta de 16 cuentos lindamente referidos en el estilo sencillo y llano con que el pueblo los relata; y, como es natural, casi todos son de procedencia española, que es como decir que pertenecen al folklore universal. Al recrearme leyéndolos, he tropezado con más de un conocido, aunque adornado de diferente ropaje y algo disfrazado por las variantes que las costumbres, distintas de las nuestras, la influencia del indígena y el ambiente general del país han introducido en ellos. Tales son: *La Cucarachita Mandinga*, págs. 24, que corresponde a nuestra *Hormigueta y Ratonpérez*; *Salir con un Domingo siete*, p. 33; *La Flor del Olivar*, p. 40, que tiene partes de *El Lirio blanco* y de *La Flor del Lirilá*; *La Mica*, p. 46, que es más o menos *La Sapita encantada*, *El Tonto de las Adivinanzas*, p. 63, es *La Reina Adivinadora*; *El Castillo de las Torrejas*, p. 82, que viene a ser *Los Niños Abandonados*;

La Negra y la Rubia, p. 100, igual a *Marta Cenicienta*; *El Pájaro Dulce Encanto*, p. 140, que es *El Pájaro Malverde*, etc., etc.

Voy a permitirme ahora hacer una corta observación a la obrita de que doy cuenta, observación que por cierto en nada aminora su mérito.

¿Es útil a la mayoría de los lectores, incluso los folkloristas, que una colección íntegra de cuentos, como la que nos ocupa, se transcriba en el lenguaje en que los cuentos se refieren? ¿No bastaría que esto se hiciera con uno solo, para dar una muestra de la lengua del pueblo, como se ve en los *Contes populaires de Lorraine*, de Cosquin, y en otras obras? El sistema de la transcripción dialectal en toda la colección tiene el inconveniente de que el lector a cada paso tropieza con la dificultad de interpretar debidamente lo que lee, pues el texto suele encontrarse, como ocurre en el caso actual, literalmente empedrado de voces, expresiones y frases que no siempre le serán conocidas, aunque el significado de la mayor parte—no de todas—pueda deducirlo del contexto de la narración, sobre todo si es medianamente

conocedor de los vocabularios de americanismos. Este inconveniente tiene que ser mayor aún para el lector europeo que no haya vivido algún tiempo en Costa Rica aunque posea el *Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica* de Gagini, 1893, pues siempre se encontrará con numerosos vocablos, expresiones y frases que no registra aquel libro, sin contar con las formas verbales, aumentativas y diminutivas peculiares de aquella república, que difícilmente pueden hallarse en un Diccionario.

Y terminamos agradeciendo muy sinceramente al señor Monge el ejemplar con que se ha servido obsequiarnos; y deseando que al hacer una segunda edición—que esperamos sea pronto—la avalore agregando al fin, un vocabulario que enseñe al que no lo sepa, el significado de las voces y expresiones que figuran en los *Cuentos de mi tía Panchita* y no aparecen en los léxicos castellanos. Y esté seguro de que muchos se lo agradecerán.

RAMÓN A. LAVAL

(De la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile).

FRAGMENTO

ME dice Ud. que se enmonta la huerta que en otros días cultiváramos juntos. Veo desde acá la mala yerba. Pero es irremediable que crezca. Así sucede con todos los terrenos incultos, sólo que allí los ignorantes entendidos diseminan la mala yerba y la protegen, porque eso es protegerse a sí mismos. No entienden la abnegación de las ideas. Ellos se imaginan que si Ud. defiende una más alta tendencia que ellos llaman nuevas ideas es por espíritu de novelería o porque tal es su última lectura. No podrían comprender, por ejemplo, la lucha de un ideal contra un amor propio que se libraba en mí—probable es que en Ud. también—cuando al dar forma a los nuevos programas me venía el recuerdo vivo de aquellos esfuerzos de 1907 realizados en común y de aquellos otros de 1903. Para halagar mi amor propio habría podido dar cuerpo a las ideas que en diferentes ocasiones había expresado, diez y quince años atrás. Habría parecido entonces un hombre consecuente consigo mismo, construido de una sola pieza. Preferí, sin embargo, posponer tales halagos a un ideal educacional construido en sus líneas de detalle para Costa Rica, en sus líneas fundamentales para cualquier país civilizado del mundo. Es esencialmente humano. Y me hace sonreír esa ino-

cente idea de que los programas respondan a las ideas nuevas acerca de la educación. Como si las llamadas ideas nuevas no fueran otra cosa que más próximas aplicaciones de los más antiguos y más sólidos principios de la filosofía humana. No hay un hombre de entendimiento claro o de intensa cultura que no se sienta en la necesidad de ir a buscar las nuevas ideas, las más frescas inspiraciones en los antiguos escritores de viejas civilizaciones. La misión de la Raza Blanca es la de desenvolver todos los poderes ínsitos en la naturaleza interna de su ser, en particular las diversas fuerzas de su mente. Los principios por seguir hace siglos y siglos que existen, pero suelen olvidarse o aplicarse erróneamente. Los mejores intérpretes de la Raza son los que mejor expresan un aspecto cualquiera de esos principios existentes desde antaño.

Toda idea nueva es una reciente flor del mismo árbol en perpetua primavera que es la antigüedad. Esos programas nada mío tienen: todo es antiguo, todo es esencialmente humano. Ya ha podido ver usted que ninguna de las críticas hechas a esos programas ha conmovido, ni siquiera descubierto el fondo. Todas se han quedado en el brocal del pozo, sin arrojar el cántaro a las aguas profundas, contentos los